

Mosaico valenciano

Hace tres años ocurrió la tragedia de Puebla Larga. Murieron siete hombres y fueron heridos unos cuarenta. Los obreros, en manifestación pacífica, con sus mujeres e hijos, habían ido al Ayuntamiento para pedir que se castigase al cabo de la guardia civil que había apaleado a un obrero. Cuando los manifestantes esperaban, pacíficamente, en la plaza del pueblo, la salida de la comisión que había subido al Ayuntamiento a formular sus peticiones, fueron cerradas las bocacalles de la plaza y desde allí achicharrados a tiros. Desde las rejías y balcones de algunas casas habitadas por caciques y ricos se hizo fuego también contra aquellas pobres gentes. Después, fueron recogidos los muertos y curados y encarcelados los heridos. Algunos de los cadáveres tenían tiros de perdigones por la cara y de náuser por la espalda. El médico que certificó las autopsias abandonó poco tiempo después Puebla Larga. El comerciante que me alojé en su casa cuando yo fui a hacer información para «El Pueblo» y me facilitó una marcha emocionante a Carcagente, cuando la guardia civil fué a buscarme, emigró a las pocas semanas a Cuba. El maestro, fué desterrado. El sindicato obrero fué disuelto. Y, un día, hubo una fiesta en Puebla Larga, a la que asistió el capitán general Primo de Rivera, que impuso al cabo de la guardia civil una preciada condecoración militar por haber librado a Puebla Larga del furor de unos demagogos que iban a destruirlo y saquearlo todo...

Esa tragedia ha tenido conmemoración. El día que se cumplió el tercer aniversario de aquellos sucesos, uno de los médicos de Puebla Larga fué requerido por un comerciante para que certificase el carácter de unas lesiones que, según declaraba, le había producido, al apalearlo, el cabo de la Guardia civil, el mismo cabo de los trágicos sucesos. El médico certificó. Hubo coacciones y amenazas y los dos médicos de Puebla Larga abandonaron el pueblo y viajaron a Valencia. El Colegio Médico les prohibió que regresaran mientras estuvieran allí el cabo de la guardia civil. El Gobernador ofreció su apoyo a los médicos. El Alcalde de Puebla Larga le comunicó que estos habían abandonado el pueblo. «Han hecho bien», contestó el Gobernador.

Se instruyó sumaria, contra el apaleado y contra el cabo.

Este fué traído a Valencia y encarcelado. Los médicos regresaron a Puebla Larga. El Gobernador se descendió del asunto, porque había intervenido la justicia militar.

Volvió también el cabo a Puebla Larga. El Colegio médico ordenó nuevamente a sus colegas que regresaran a Valencia. Les ha dicho que no vuelvan mientras esté allí el cabo de la Guardia civil. Ha ordenado, además, el Colegio a los médicos de los pueblos cercanos, que solo vayan a Puebla Larga a certificar defunciones y a visitas y consultas mediante una tarifa exorbitante.

¿Quién triunfará?

El espíritu de clase actúa ahora por una y otra parte. Si los médicos se mantienen en su actitud...

Valencia se prepara para sus fiestas deslumbrantes. Habrá un concurso de aviación, como festejo nuevo, que, incorporado al programa de Feria, adquirirá categoría internacional, porque el Ayuntamiento está dispuesto a consignar para el año próximo igual premio que el del gran «meeting» de aviación de Milán.

Habrá ocho días de toros. Los aficionados hacen cálculos y creen que, aún yéndole muy bien la cosa a la empresa, este año perderá unos sesenta mil duros.

«¡Que va bien!» La empresa—este es el primer año de la contrata—paga medio millón de pesetas anuales por el arriendo de la Plaza. Confaba en Granero, en Varelite... tiene que contentarse con Maera, Mejías y Joacito de Málaga. «¡Que va bien!».

La Diputación de Valencia ha acordado la cooficialidad del valenciano y castellano. Por primera vez ha aparecido en el «Boletín Oficial» de la provincia un documento redactado en la lengua regional. Los valencianistas piden que el Ayuntamiento adopte igual acuerdo. Me parece plausible; pero en el Ayuntamiento ese acuerdo es peligroso. No lo es en la Diputación, porque la mayoría de los diputados no hablan el valenciano. El presidente mismo es aragonés. Pero en el Ayuntamiento hay algunos concejales que no hablan porque no saben hacerlo en castellano. Si se les dejase hablar en valenciano se «solarian el pelo». Son concejales de las derechas, de las Vegas, que llevarían al municipio la voz de los egoísmos rurales. Defenderían, depuestos a la elocuencia regional, la vuelta de los «famaters», sus votantes una sucia tradición extirpada de Valencia por los republicanos, sacrificando su propio interés político y siendo víctimas de imbéciles censuras interesadas.

Los que ahora callan deben seguir callando.

A propósito del valenciano. El mantenedor de los «Jocs Florals» de este año es un alicantino: el general don Miguel de Elizalde, que es hombre estudioso y culto.

Los «Jocs Florals» son la única muestra de vida de «Lo Rat Penat», sociedad de rancio valencianismo, reaccionaria, anquilosada, vieja y chocha, en la que no obstante, hay algunos nombres inteligentes.

Nuestro paisano pronunciará o leerá su discurso en valenciano. Yo lo espero con algún interés, sorprendido por la designación de un alicantino, porque el valenciano que hablamos en Alicante es el valenciano de «Lo Rat Penat» lo que el catalán a éste. Veremos lo que sale.

Cuando yo vine a Valencia y decía «monecta», «panet», «bagúa», «carría» y «mon anem», se me reían algunos puristas del valenciano «rat penatero».

Cuando los periódicos valencianos —y madrileños— hablan de nuestro paisano Pablo Gargó, le dicen el «cetable bajo valenciano». A Paco Balaguer, cuyo nombre empieza a sonar en Madrid entre los que representan espléndidas promesas musicales, le dicen también el «joven maestro valenciano». Paco Balaguer es alicantino, de Ibi. Con él preparo una próxima excursión a Alicante, para renovar nuestro amor a la «terreta»... porque a mí «también» me catalogan ya como valenciano.

Esto, francamente, no tiene importancia. Yo amo a Alicante porque nací ahí, porque ahí están enterrados mis padres—¡Mater Dolorosa!—; por mis recuerdos y mis luchas. Pero amo también a Valencia, porque me acogió, libre y republicana, en mi destierro. En realidad, siento poco este pequeño patriotismo, casi tan poco como al grande. Soy alicantino y español porque nací en Alicante, pero con el mismo orgullo sería rifeño, irlandés.

Es una gran cosa, sin duda, ser «ciudadano del mundo», como Gorki, como Anatole France, como Blasco Ibáñez, como Barbussé. Pero el mundo es tan grande que en toda una vida no es posible querer y abrazar a todos los hombres buenos que viven sobre la tierra, y que son nuestros únicos conciudadanos. Solo con ellos vivimos en nuestra patria universal.

Carlos ESPLA.

Valencia 16—IV—22.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2a/378

1.2a/382